

Imprimir

En las tribunas de fútbol donde el mundo grita, hay un hombre que calla. Mientras la marea humana salta y agita banderas al compás de un balón, este hombre permanece inmóvil, tallado en una rigidez que desafía la euforia colectiva. Viste trajes de una elegancia vibrante, pero su cuerpo es un monumento al duelo. Durante los noventa minutos del partido de la República Democrática del Congo, Michel Nkuka Mboladinga, conocido como Lumumba Veá, se convierte en una estatua viviente. Con una mano se cubre la boca con firmeza, mientras la otra se eleva hacia el cielo o apunta solemnemente a su propia sien.

Este gesto no es una excentricidad folclórica para las cámaras ni fue un mágico gesto para que el balón no entrara al arco colombiano, como torpemente lo sugería la influencer Cristina Hurtado quien será tristemente recordada por tan supina ignorancia. Es un acto de profunda resistencia política, una pedagogía decolonial en pleno entretenimiento de masas. El cuerpo inmóvil de Michel evoca la estatua que en Kinshasa recuerda a Patrice Lumumba, el primer ministro y mártir de la independencia nacional. Al transformarse en monumento de carne y hueso, Lumumba Veá recuerda al sistema internacional que las raíces de la soberanía no se destruyen disolviéndolas en ácido, y que la memoria del Sur global encarna en las nuevas generaciones cuando el poder pretende dar por cerrado el inventario del despojo.

La potencia de este gesto radica en su capacidad para subvertir las lógicas del consumo deportivo. El fútbol, convertido tantas veces en maquinaria de amnesia colectiva y lavado de imagen corporativo, se ve interrumpido por una rigidez que reclama justicia. La mano sobre la boca denuncia el silencio cómplice de la comunidad internacional frente a una de las crisis humanitarias más sangrientas de la modernidad. El dedo en la sien no es una rendición, sino el testimonio de una dignidad que se niega a ser domesticada. Además, su inmovilidad es una forma de oración laica, un acompañamiento espiritual para los jóvenes que defienden la selección en la cancha, entendiendo que el deporte es uno de los pocos escenarios donde un país vulnerado puede disputar la igualdad, libre del arbitraje sesgado de las potencias imperiales.

La memoria es un río peligroso para los ingenieros del olvido. Esto quedó en evidencia durante el Mundial de 2026 en Atlanta, cuando el gobierno de los Estados Unidos le negó el

visado de ingreso a Michel Nkuka. La burocracia imperial asumió que al cerrar la frontera apagaría la denuncia, sin comprender que los símbolos compartidos pertenecen al patrimonio de una colectividad. En esa tribuna vacía, otro joven de 28 años, Enock Kabwende, tomó el relevo de manera espontánea. Adoptó la misma postura, se tapó la boca y levantó el brazo ante el asombro de los espectadores. El mensaje fue fulminante: se pueden blindar las fronteras con leyes migratorias excluyentes, pero no se puede poner bajo llave la memoria de un pueblo.

La voz que interrumpió el banquete del rey

Para entender por qué dos ciudadanos convierten sus cuerpos en estatuas, es indispensable situarse en el 30 de junio de 1960. El Congo celebraba su independencia tras décadas de administración colonial belga, un régimen despiadado que inició el rey Leopoldo II como una finca privada de extracción de caucho a costa de millones de vidas. En la ceremonia oficial, el rey Balduino de Bélgica ensalzó el fin del dominio colonial como la culminación generosa de una “misión civilizadora”, un regalo de la corona a los súbditos africanos, tratados como menores de edad bajo la tutela de sus antiguos amos.

El protocolo colonial exigía que los líderes congoleños asintieran con la cabeza baja. Pero el destino cambió cuando un joven de lentes y mirada encendida caminó hacia el micrófono, aunque originalmente no estaba previsto que hablara. Era Patrice Lumumba, el primer ministro elegido por su pueblo. Lejos de plegarse al libreto de la sumisión, pronunció un discurso que resonó como un trueno.

Mirando de frente a las autoridades europeas, arrancó las máscaras de la retórica y, sobre todo, rompió una narrativa cuidadosamente construida durante décadas. En lugar de agradecer la colonización, habló de humillación. En lugar de celebrar una obra civilizadora, recordó los asesinatos y la violencia, los trabajos forzados, los insultos cotidianos y la discriminación racial sufrida por millones de congoleños. En lugar de presentar la independencia como un regalo de Bruselas, afirmó que había sido conquistada a pulso de sangre por el propio pueblo en las calles.

Su intervención no buscaba el revanchismo, sino la igualdad real; invitó a los europeos que desearan quedarse a cooperar, pero bajo una regla inédita: ser tratados como iguales, nunca más como señores de la tierra. Aquella alocución de dignidad panafricanista hirió el orgullo de la corte belga y encendió las alarmas de Occidente. En plena Guerra Fría, un líder africano con pensamiento propio que osaba hablar de soberanía económica sobre los recursos de su suelo era un peligro que el orden hegemónico no iba a tolerar.

El castigo por semejante insolencia fue rápido y de una crueldad que estremece la conciencia internacional. Apenas unos meses después, sabotado por fuerzas locales y extranjeras, Lumumba fue derrocado. El 17 de enero de 1961, tras ser torturado, fue fusilado en Katanga junto a sus ministros Maurice Mpolo y Joseph Okito por un pelotón supervisado por oficiales belgas. Para evitar que su tumba se convirtiera en santuario, un comisario belga dirigió la desaparición de los restos: los cadáveres fueron descuartizados y sumergidos en ácido sulfúrico. Lo único que sobrevivió fue un diente de oro que el comisario Soete guardó durante décadas como trofeo de guerra.

Tuvieron que transcurrir más de seis décadas para que el sistema judicial belga se viera forzado a devolver ese único resto a la familia de Lumumba, en 2022. Las disculpas morales de Bélgica en 2001 y la desclasificación de documentos de la CIA en 2014, que admitieron la implicación directa de Washington en los planes para eliminarlo, llegaron tarde, cuando el mapa de la desigualdad ya se había consolidado sobre el cadáver de la democracia congoleña. Por eso, cuando Michel o Enock clavan la mirada en el horizonte de un estadio, rescatan a Lumumba del ácido del olvido y recuerdan que la justicia no puede limitarse a la contabilidad de los huesos devueltos con retraso burocrático.

La geografía del despojo y la pelota que rueda sobre el coltán

El asesinato de Lumumba fue un crimen económico planificado para garantizar que las venas del Congo siguieran abiertas al saqueo. En los sesenta el botín era el cobre y el uranio; hoy, los nombres de los minerales han cambiado, pero la lógica extractivista permanece intacta. El Congo posee en su geografía oriental las mayores reservas mundiales de cobalto y coltán,

elementos indispensables para las baterías de teléfonos, computadoras y automóviles eléctricos que sostienen la transición energética del Norte global.

Detrás del diseño minimalista de los dispositivos tecnológicos se esconde una cartografía del dolor humano. La región este del Congo se ha convertido en un escenario de guerra perpetua donde operan decenas de grupos armados, como el M23, que actúan como ejércitos por delegación. Controlan las minas mediante el terror, el desplazamiento forzado y la explotación de mano de obra infantil en condiciones de esclavitud. A las corporaciones multinacionales les resulta rentable la existencia de un Estado debilitado por la violencia, porque en las zonas de conflicto el mineral se compra a precio de descuento, libre de regulaciones ambientales y controles laborales mínimos.

El gesto de Michel Nkuka de cubrirse la boca cobra aquí una vigencia dramática. Es la denuncia del apagón informativo, el grito mudo contra el silencio de los grandes medios que reducen millones de vidas perdidas a una estadística marginal. El mundo calla ante el exterminio en el Congo porque reconocer el origen de la tragedia implicaría cuestionar la cadena de suministro de los objetos de consumo diario con los que la ciudadanía globalizada construye su ilusión de progreso ilimitado. Cuando el balón rueda en el césped verde, rueda en realidad sobre una superficie pulida con los minerales extraídos de la tierra ensangrentada del Sur. Al negarse a participar del carnaval de la distracción, el activista congoleño quiebra el pacto de indiferencia y obliga al espectador a recordar que, detrás de la fiesta del gol, late el corazón herido de una nación que se resiste a ser un simple almacén de materias primas.

El relevo de las estatuas vivientes y las fronteras de la dignidad

Las fronteras contemporáneas no detienen el flujo de capitales ni de materias primas; el coltán congoleño viaja sin pasaporte y entra a Silicon Valley con la alfombra roja del libre comercio. Quienes encuentran el paso bloqueado son los seres humanos de los territorios despojados. La negativa de visa a Michel Nkuka para el Mundial es el reflejo de un apartheid globalizado, donde los cuerpos del Sur son bienvenidos únicamente como mano de obra

precarizada o si se despojan de su memoria política para asimilarse al decorado multicultural del Norte.

La burocracia consular asume que los individuos son átomos aislados que pueden ser neutralizados con la cancelación de un sello. Lo que ignoran es la dimensión comunitaria de la resistencia. Cuando la plaza pública de Michel en la tribuna quedó vacía, fue habitada por Enock Kabwende, quien asumió el estatismo de Lumumba como un mandato ético transgeneracional. Al replicar la postura de su compatriota, demostró que este performance no es propiedad privada, sino un dispositivo de memoria colectiva, un código abierto de dignidad que cualquier hijo del Congo puede activar cuando el cuerpo original sea censurado.

Esta sustitución espontánea nos enseña que la emancipación no es un hecho del pasado consignado en manuales escolares, sino una práctica viva que se ensaya en el presente. Frente a la cultura del olvido instantáneo, ellos oponen la permanencia de la piedra; frente al ruido del mercado, anteponen un silencio absoluto que perfora las transmisiones de la televisión internacional. Lumumba no es un recuerdo congelado en el bronce; es un proyecto inconcluso de soberanía económica y unidad continental que sigue interpelando al poder.

Al final de la jornada, cuando las luces del estadio se apagan y los hinchas vacían las gradas, el gesto de Lumumba Vea y de Enock Kabwende permanece flotando. El silencio de esos cuerpos inmovilizados gritó mucho más fuerte que todos los cánticos de la barra brava, porque expuso la gran paradoja de nuestra era: que mientras el balón rueda libre por el mundo, los derechos humanos de millones de personas siguen atrapados en las redes del saqueo corporativo, esperando el momento en que la voz de los pueblos interrumpa definitivamente el banquete de la globalización.

Jaime Gómez Alcaraz, Analista Internacional